

## Frederic Udina i Martorell, perfil de un medievalista catalán del siglo XX

José Enrique Ruiz-Domènec

Universitat Autònoma de Barcelona  
Departament de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana  
joseenrique.ruiz.domenec@uab.cat



Recepció: 30/10/2012



En el medievalismo europeo del siglo XX, Frederic Udina i Martorell (Barcelona, 29 de septiembre de 1914 — Barcelona, 30 de diciembre de 2011) fue una figura de referencia. Se le incluía en la categoría de historiadores positivistas destacados, de la variedad de expertos en edición de documentos. Lo demostró sobradamente en la edición del *Llibre Blanc de Santes Creus* (1947) y sobre todo en su tesis doctoral *El Archivo Condal de Barcelona en los siglos IX y X*, defendida en 1951, cuando contaba treinta y cuatro años. Ambas obras fueron publicadas por el Consejo Superior de Investigaciones con sede

en Barcelona. Había sido iniciado en esta tarea por don Antonio de la Torre y del Cerro, un insigne medievalista cordobés recalado en la Ciudad Condal en calidad de catedrático de universidad, de director del Archivo de la Corona de Aragón y de académico numerario de la Real Academia de Buenas Letras.

Como los catalanes destacados de su generación, especialmente los nacidos en la década de 1910, Udina tenía una deuda con su pasado familiar. Convirtió en norma de conducta sus firmes convicciones religiosas católicas y se forjó una carrera a la sombra, primero, de Antonio de la Torre y, luego, de Jesús Ernesto Martínez Ferrando. Con su mentalidad de archivero y de barcelonés de clase media, buscó la manera de alcanzar un puesto docente en la universidad, a ser posible una cátedra, que le permitiera reproducir el modelo del maestro. Al final, lo consiguió en Valladolid. No era la cátedra que deseaba (que, por supuesto, era la de Barcelona), que perdió tras unas polémicas oposiciones ganadas por Emilio Sáez, gracias al apoyo que le prestó fray Justo Pérez de Úrbel. Esa circunstancia marcó la vida de Udina, ya que pidió la excedencia para no tener que dejar su ciudad, y desde entonces se forjó una carrera en la gestión cultural desde diversos

cargos en la Administración, primero como director del Museo de Historia de la Ciudad, desde 1959 hasta 1976; luego como director del Archivo de la Corona de Aragón, desde 1961 hasta 1982, y, finalmente, como delegado de cultura del Ayuntamiento de Barcelona (1975-1976).

Entender a Udina es reconciliarse con la combinación de gestión cultural y brillo que le era propia, como él mismo hizo. En el libro *Barcelona, veinte siglos de historia* (1963), que escribió con la colaboración del historiador del arte José María Garrut, esa mezcla tal vez está mejor representada que nunca. Es difícil decir si eso es bueno o malo. En cualquier caso, lo que tenemos aquí es una visión panorámica de la historia de Barcelona vista por un medievalista que se ha abierto a las raíces romanas de la ciudad y no duda en avanzar por la época moderna y contemporánea. Entre sus múltiples programas de gestión cultural, cabe señalar el estímulo dado al CODOIN, vale decir, a la Colección de Documentos Inéditos del Archivo de la Corona de Aragón, a la que dio una nueva época en su calidad de director del archivo; la creación de dos revistas de investigación y difusión cultural vinculadas al Ayuntamiento de Barcelona, en tanto que director del Museo (*Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad* [1960-1976] y *Miscellanea Barcinonensia* [1962-1978]); y, de forma muy especial, el apoyo, como presidente de la Comisión Permanente, a los congresos de historia de la Corona de Aragón. Desde el de Barcelona, en 1962, hasta el de Montpellier, en 1985, pasando por el de Valencia, en 1967, el importantísimo de Nápoles, en 1973, el de Zaragoza, en 1976, y el de Palermo-Erice, en 1982. Estos congresos tuvieron su marca como espacio de encuentro entre medievalistas de diferentes países con un tono decididamente europeísta y abierto. La nómina de ponentes y comunicantes en estos congresos demuestra que, entre 1962-1985, los años de la presidencia de Udina, fueron los tiempos áureos de dichos encuentros. Tras su marcha, se notó la pérdida de impulso y de calidad. Ahora ya no son un referente. Y es que, en la organización y en la selección de los ponentes, Udina nunca se dejó llevar por prejuicios personales o ideológicos. Es aquí donde se ganó el respeto de sus colegas extranjeros, en su apertura, en su sentido ecuánime ante la producción intelectual y el currículo académico. Nada que ver con lo que vino después de que él lo dejara, con las cuotas de poder, las listas negras y demás.

Sin embargo, la importante gestión cultural de los años sesenta no podía colmar el espíritu inquieto de Udina. Le faltaba algo: la docencia universitaria. La oportunidad le vino con el proyecto de crear una nueva universidad en Barcelona: la Universidad Autónoma de Barcelona. Para tal fin, fue elegido como decano comisario de la Facultad de Letras en 1968. Una mezcla de valentía y temeridad alimentó los motores que llevaron desde las reuniones previas hasta la formación del primer claustro en San Cugat del Vallés. En una primera selección de profesores, atrevida pero seria, se detectó el espíritu que quería darle a la nueva facultad. Y así, mediante un suave tira y afloja, con un puño de hierro en un guante de terciopelo, Udina afrontó la creación de la Facultad a su manera resuelta, sin prejuicios políticos. Eligió a los que creyó los mejores y se dejó aconsejar por amigos en los territorios que no conocía. Acertó bastante, teniendo en cuenta las circunstancias del momento. La programación se realizó desde una condescendencia empática hacia territorios

del saber muy alejados de lo que él pensaba y creía. De eso soy testigo personal, ya que me apoyó en mi carrera, pese a ser consciente de la enorme diferencia que había entre nuestros puntos de vista en relación con la historia y los procedimientos heurísticos. En aquellos años de finales de los sesenta, Udina tenía algo de anfitrión nervioso en una fiesta llena de expectación: iba de un lado para otro tratando de compaginar tres cargos (decano, director del archivo y director del museo), difíciles por sí solos. A veces, su imagen de hombre de gestión diligente, de frases cortas y decisiones rápidas marcaba su impronta. Fue también en esos años cuando leyó el discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras, en marzo de 1969. El tema elegido fue *Las armas de Barcelona. Su origen y desenvolvimiento durante ocho siglos*; le contestó el académico monseñor Josep Vives Gatell. En más de una ocasión, comentó que hubiera preferido, para esta efeméride, afrontar un tema de más hondo calado historiográfico. Él soñaba con un discurso sobre los *Usatges* de Barcelona, un tema que le atraía desde que formó parte de una comisión para su estudio presidida por don Ramon de Abadal y de la que formaban parte Josep Maria Font Rius, en calidad de historiador del derecho, y Joan Bastardas i Parera, como latinista. Era la oportunidad para desarrollar su tesis de que el anclaje de la Cataluña condal estaba en el legado visigodo, y no en la herencia carolingia. Su posición en este difícil asunto quedó clara en sus cursos de doctorado de la Autónoma, un eco de los cuales se puede ver en un artículo publicado en los *Cahiers de Civilisation Médiéval* sobre el título de conde de Barcelona. Asignándole un origen romano, consolidado por los visigodos, Udina percibe en el carácter soberano del conde de Barcelona una razón de peso para entender la singularidad de la historia de Cataluña en este periodo. Conectaba así con los estudios de Próspero de Bofarull, al que respetaba en su doble calidad de historiador de la época condal y de director del Archivo de la Corona de Aragón.

En esas páginas, está claro que la reducida obra historiográfica de Udina respondía sobre todo a su alta dedicación a la gestión cultural, más que a una falta de ideas sobre lo que debía decir, como a veces se ha sugerido equivocadamente. Es bien cierto que se esforzó en evitar ese destino, primero, por una tendencia natural y, después, por medio de un entusiasmo voluntario a la enseñanza en la Autónoma. A veces creía que iba a tener una segunda oportunidad que limitara su alta capacidad para la organización y la gestión, que podría ser el catedrático que no pudo ser en los años cincuenta. Esa sensación le confirió una cierta irritabilidad en aquellos años. Cuando más cerca estuvo de conseguirlo, con la fundación de un instituto de estudios medievales, le llegó el nombramiento de director general de Archivos, Bibliotecas y Museos. Y volvió a subirse al carrusel de la gestión, aunque esta vez parte de ella la realizaba en Madrid. Aun reconociendo lo que eso podía significar para el futuro de esa segunda oportunidad como enseñante, el hombre de acción convenció al hombre de estudio. Y así planificó una actividad en momentos difíciles para el país. Sin embargo, conservó la fe en la universidad que había ayudado a construir. Fueron años de grandes cambios, en los que él mismo reconocía que iba a emerger su espíritu socialdemócrata, una vez acabada su vinculación sentimental con Franco. Fueron años de reajustes en lo personal y en lo científico. Se volcó en la universidad, donde promovió las semanas de

estudios medievales y la creación de la revista *Medievalia* (1980-1998). Convirtió el auditorio del Archivo de la Corona de Aragón en un foro de debate de carácter internacional. Por allí pasaron los más prestigiosos medievalistas con una audiencia masiva de estudiantes. Encontraba recursos para hacerlo gracias a sus habilidades en los intersticios de la Administración. Fueron años en los que fue posible un centro de alta investigación a nivel europeo. Pero, poco a poco, las presiones le fueron debilitando en sus convicciones. A veces, se mostró demasiado humilde, como si quisiera hacerse perdonar algo. Su actitud era muy humana, pero frágil. Vemos aquí la peculiaridad de un hombre que miraba ya la jubilación con un ánimo desencantado. Se despojó de sus cargos de un modo ordenado: primero, la dirección del museo en 1976, luego, la del archivo en 1982 y, finalmente, la cátedra universitaria en septiembre de 1984.

Por entonces quería reconstruir su biografía académica y abolir, en parte, la imagen de gran gestor cultural que había sido: publicó un libro titulado *Documents cabdals de la Historia de Catalunya* (1985), cuyo texto debía ser un homenaje a la historia y a la cultura catalanas. Y eso era un sentimiento poderoso, pero también una demostración de que estaba dispuesto a asumir un giro importante a sus convicciones personales. Con esa misma actitud, afrontó la responsabilidad de organizar los actos de celebración del milenario de Cataluña en 1991, y se responsabilizó de dirigir y publicar el *Symposium Internacional sobre els orígens de Catalunya (segles VIII-XI)*. Con este fin, depositó una fe cauta en la difícil relación con Miquel Coll i Alentorn, artífice de la idea, que, por aquellos años, había convencido al presidente Jordi Pujol de la necesidad de reconsiderar a fondo la historia milenaria de Cataluña como parte integrante de un programa nacional. El sentimiento convertido en conocimiento, el conocimiento convertido en sentimiento. Cuando nos fijamos en Udina en los años noventa, descubrimos a un historiador con una actitud proustiana ante la vida, en busca de un tiempo perdido. Se dio cuenta de ello y se puso a escribirlo, pero la enfermedad le salió al paso y no le dejó plasmar por escrito lo que realmente pensaba de todo lo que le había ocurrido a lo largo de su vida. Sólo me quedan las impresiones que alguna vez me transmitió en esos años, unas impresiones que no me parecen lejanas a las palabras del gramático Censorino dirigidas a Quinto Cerelio en *El libro del cumpleaños*: «No es que renunciara del todo, sino que, formado en la doctrina de los sabios, comprendió claramente que las cosas basadas en algo tan inseguro como la vida no son por sí mismas ni buenas ni malas, sino indiferentes, a medio camino entre unas y otras».